

EL PROFESOR CARLOS ESGUERRA

La Facultad de Medicina de Bogotá está de duelo por la muerte del Profesor Emeritus doctor Carlos Esguerra.

Descendiente de familias proceras, hijo de un varón consular y dotado de extraordinarias capacidades, fué el doctor Esguerra arquetipo de virtudes médicas y ciudadanas.

Graduado muy joven en nuestra escuela de Bogotá, se doctoró más tarde en París y en la capital espiritual del mundo oyó a los grandes maestros franceses.

Poseía el doctor Esguerra una grande erudición, servida por una mente agilísima, y una maravillosa facilidad de exposición: de los labios del maestro fluían los más abstrusos temas, tan natural y límpidamente, como el agua de los arroyos: "*ex ejus linguae melle dulce fluebat oratio*".

Más de medio siglo ejerció apostólicamente la medicina. Innumerables fueron los desvalidos y dolientes a quienes curó, socorrió y consoló.

Ocupó los más encumbrados cargos en nuestra Facultad. Durante su mandato rectoral, dió grande impulso a los estudios y multiplicó los instrumentos de trabajo, en laboratorios y anfiteatros. Trajo misiones extranjeras de profesores y conferenciantes y su rectorado sobresalió por una permanente agitación benéfica y constructiva. Fué presidente de la Academia de Medicina. Redactó por largos años la Revista Médica de Bogotá, ese filón de oro de nuestra medicina nacional, inagotable cantera de enseñanzas, urna donde se encierran reliquias preciosas de saber e inteligencia de los médicos del pasado.

Fundó la casa de salud de Marly, institución benemérita en la república. Fué maestro en la máxima extensión de la palabra: sus enseñanzas en la cátedra y sus escritos en la prensa sobre el proble-

ma de la lepra, fueron decisivos elementos para suavizar y humanizar la legislación sobre lepra y para darle carácter científico.

En su tesis de París (1889) sentó conclusiones que entonces se consideraron audaces y contra clásicos postulados epidemiológicos en voga. Porque afirmó la presencia de la fiebre amarilla en el Alto Magdalena, es decir, en zona mediterránea, rural, y alejada de los litorales. Hoy todo esto está comprobado.

Pero donde el profesor Esguerra dejó impreso su sello de maestro, fué en el problema de las enfermedades tifo-exantemáticas. El formó escuela sobre esta fundamental materia. Sus enseñanzas han guiado a sus discípulos fervorosos y sus inspiraciones los han llevado a comprobar experimentalmente lo que el maestro les señaló con las luces de la clínica.

Su cátedra de patología primero y sus diarias enseñanzas en Marly, congregaban a su alrededor ansiosos muchachos que recibían con avidez sus enseñanzas. Las fiebres exantemáticas estuporosas, de estallido brusco, erupción precoz, con taquicardia, fenómenos nerviosos, carencia de síntomas gastrointestinales, aspecto congestivo, período corto y declinación crítica, eran motivo de luminosas disertaciones y el análisis de cada síntoma marcaba rumbos seguros para el diagnóstico. "Ustedes tienen la obligación de confirmar con las experiencias de laboratorio lo que nos está diciendo la clínica, eran siempre sus palabras finales".

Y por inescrutable coincidencia, la final comprobación experimental de sus tesis clínicas, se ha obtenido ahora en los momentos de su tránsito terrenal.

El hallazgo y aislamiento del virus de la Fiebre Petequial de Tobia y su definitiva protocolización en los laboratorios especializados del extranjero; las comprobaciones inmunológicas realizadas por clínicos y hombres de laboratorio de casos repetidos de tifo exantemático en Bogotá; y finalmente, los diagnósticos de tifo hechos en los altiplanos de Pasto y Túquerres, dan la plena razón al gran clínico que acaba de ocultarse del otro lado del horizonte.

No intervino directamente en la administración pública ni en la política, pero gustaba dar a conocer su pensamiento sobre los grandes problemas nacionales. La recapitulación de sus opiniones que llamó "Sueños republicanos", contienen ideas tan hermosas sobre autonomía municipal, administración de los departamentos, re-

forma de los parlamentos, constitución técnica del senado, que si el buen sentido pusiera en práctica tales sueños, la democracia se libraría de muchos de sus achaques y la república sería más amable y más grata,

Queda para ejemplo de las generaciones colombianas, la obra del varón eximio que honró la profesión médica, sirvió lealmente a la república, creó instituciones perdurables, fundó escuela que se prolonga en sus discípulos y deja su sangre nobilísima en dos profesores brillantes y famosos de nuestra Facultad.

"Felices los médicos que, al rendir su jornada terrenal, pueden dejar una vida digna de exhibirse como ejemplo, porque no haya en ella sino ciencia, benevolencia y caridad".

L. P. C

Entonces no era la Escuela la mitad de lo que es hoy. Componíanla los pabellones del fondo, y los frentes que dan sobre el Parque de los Mártires y sobre la carrera quince, estaban en construcción. La entrada principal era un estrecho zaguán viejo, al cual pretendieron disimularle los años con pisos de baldosín, que desembocaba a un pasadizo, desde el cual, con los huesos en la mano para el estudio de la anatomía y sentados en una banca, veíamos desfilar los ilustres maestros de esos tiempos.

Allí conocí a Luis María Rivas Merizalde, a Juan David Herrera, a José María Lombana Barreneche y allí vi pasar todas las tardes a las cuatro en punto, al Profesor Carlos Esguerra. Los compañeros que nos explicaban los nombres y los hechos de los ilustres maestros me hablaron así de la personalidad vigorosa del profesor Esguerra....

"Aquel que allí vez entrar un poco agachado por los años y que tose fuerte, es el Profesor Carlos Esguerra. Lleva muchos dictando el curso de Patología Interna, con una erudición y una facilidad de expresión que lo hacen inimitable. No creo que haya otro capaz de reemplazarlo en su clase, que está llena de observaciones personales que su larga práctica profesional le ha suministrado. Gran señor, descendientes de patricios ilustres, su lenguaje es tan correcto que con dificultad puede hablarse mejor; conocedor del mundo y doctor en tres universidades, no puedes encontrar mayor erudición. Has de saber que el Profesor Esguerra, acompañó a su padre el doctor Ni-

colás Esguerra en el destierro, con él fué primero a Venezuela y allí hizo de nuevo estudios de medicina y ejerció su profesión; luego pasó a los EE. UU. y después a París en cuya Universidad se graduó otra vez. Allí fué discípulo de Peter y conoció a Dieulafoy, y de ellos aprendió la medicina francesa de fin de siglo, que fué un torrente de inspiración y de sabiduría. El conoció los grandes maestros cuyos nombres ves encabezando los libros en que estudias y es condiscípulo de algunos. Al regresar al país fundó la Clínica de Marly que tú conoces. Piénsa en el esfuerzo que representa una iniciativa de esa naturaleza, en aquellos tiempos, cuando el viaje se hacía en tranvía de mulas y cuando aquel sitio era campo todavía. Piénsa en que tuvo que pedir la colaboración a sus colegas casi siempre desconfiados, y piénsa en que una casa de salud como él la llamaba, era entonces entre nosotros exótica.

Fíjate en que él ha dirigido por años y en que le ha dado un sello personal de buen gusto y eficaz atención del enfermo y por último, te digo que es el padre de Alfonso y de Gonzalo, médicos ilustres a quienes también conoces. Con ésto puedes darte por satisfecho”.

Delineada así por mi amigo la personalidad del doctor Esguerra, más tarde, a medida que avanzaba en mis estudios y que entré en el Escalafón médico, fuí dándome cada vez más cuenta de lo que representaba el Profesor entre los colegas y en el país entero.

Desgraciadamente no fuí su discípulo. Cuando llegué al curso de Patología Interna el Profesor Esguerra fué ascendido a la Cátedra de Clínica Médica, luego a Rector de la Facultad de Medicina, en la cual introdujo meritorias reformas. Siendo Rector, el Gobierno de Francia le concedió la Legión de Honor, por su interés por la medicina francesa, por su labor de treinta años de profesorado, y por su ilustre actuación en la misión que había desempeñado en su vida.

El Gobierno Nacional lo condecoró con la Cruz de Boyacá como ciudadano modelo y como ejemplo cívico.

Después lo ví retirarse de sus actividades médicas y de sus negocios particulares, para dedicarse a una vida de reposo que le era merecida pero que él consideraba inaceptable. Entonces escribió multitud de artículos en los cuales defendía los derechos de los ciudadanos, las libertades, y mantenía viva la fe en lo nuestro.

La última vez que tuve ocasión de verlo, fué en mi propia casa cuando fué a ver a mi padre que estaba muy enfermo. Y contrario a lo que sucedía, Carlos Esguerra, descendiente de Patricios, Profesor insuperable de Patología Interna, gran ciudadano, conversador amenísimo y vibrante; nos consoló, nos reconfortó, nos cambió la desazón en esperanza, porque él nunca olvidó que su misión consistía en curar, aliviar o consolar.

Eduardo Iriarte Rocha